



El devenir del individuo a través de la mirada sociológica

Mikel García Bartolomé

Universidad del País Vasco

E-mail: mikel.garciabartolome@gmail.com

Resumen

El devenir del individuo a través de la mirada sociológica

El individuo como producto de la modernidad y de la imaginación sociológica cobra especial importancia en un contexto de declinación de aquellos sostenes sociales que aseguraban su configuración como sujeto "dueño y señor de sí mismo". Ante este contexto de desestabilización es preciso ahondar en el devenir del individuo como producto moderno y occidental, así como abordar las estrategias analíticas que toman el cuerpo como el "lugar de corte", el confín de la soberanía del individuo. Las obras principales aquí reseñadas pertenecen a Martuccelli (2007), Dubet (2006) y Foucault (2008).

Abstract

The becoming of the individual through the sociological gaze

The individual as something produced by modernity and sociological imagination gains importance in a context of decline for those social supports that secured its status as a subject "master of itself". In this situation, it is necessary to go into the becoming of the individual as a modern and western product in depth, as well as dealing with analytical strategies that understand the body as the "place of cut", the limits of the individual's sovereignty. The main books reviewed in this text belong to Martuccelli (2007), Dubet (2006) and Foucault (2008).

Índice

Introducción	2
1) Individuo y modernidad. Mecanismos de individuación que dotan de sentido a la conducta de los actores sociales	4
2) Reflexiones orientativas sobre el individuo en una sociedad en "crisis"	7
Referencias bibliográficas	10
Otras referencias bibliográficas empleadas	11

INTRODUCCIÓN

Para la sociología el individuo se ha presentado como un átomo, como una mónada parte de un objeto de estudio más amplio, la representación dominante de la vida social, la sociedad, bajo la cual el individuo perdería toda centralidad analítica. El individuo queda enclaustrado en la totalidad de la sociedad, será su soporte subjetivo, cuyo fin último es establecer lazos entre sentimientos personales y posiciones colectivas.

En primer lugar urge aclarar el carácter ficticio del individuo, este no deja de ser una "invención" de la modernidad y su devenir discursivo en Occidente. El lenguaje analítico, el sociológico, le otorga todo un sentido que lo define como sujeto subjetivado, el individuo occidental se caracteriza por ser un sujeto autónomo, independiente, capaz de autocontrolarse racionalmente, simultáneamente empujado a

Mikel García Bartolomé



Papeles del CEIC, 2009



expresarse y manifestar mediante sus acciones lo que es en su interior. Es decir se exige y se espera de los individuos que sean capaces de tenerse desde el interior a la vez que son tenidos y *sujetados* desde el exterior, desde la sociedad. El individuo no deja de ser, paradójicamente, objetivado por la propia mirada de las ciencias sociales y *obligado* a ser un sujeto subjetivado, capaz de tenerse por sí mismo.

La mirada sociológica, como la del resto de las ciencias sociales, no descansa en la independencia de su propio objeto de estudio, cercenada de la configuración social en la que se enmarca. El individuo, como el Estado-nación o la idea misma de sociedad, advienen en un contexto histórico determinado, junto a las propias disciplinas científicas que los definen y analizan. Son esos propios discursos científicos lo que arquitectónicamente construyen sus propios objetos de estudio. Premisa ésta, para abordar una sociología del individuo. Del mismo modo, no se trata de la construcción del individuo sino de “los procedimientos por los cuales éste llega a tenerse frente al mundo” (Martuccelli, 2007: 61).

Como coordenadas para la elaboración de esta breve reseña crítica sobre el individuo y el marco sociohistórico en el que es situado, se contará con dos estudios sociológicos de reciente cuño que describen los puntos fuertes sobre los que descansará esta aproximación. Concretamente son: *El declive de la institución* de François Dubet (2006) y *Gramáticas del individuo* de Danilo Martuccelli (2007). Estos estudios serán reforzados con la aportación teórica de Michel Foucault y su concepto de *biopoder* así como sus acercamientos al proceso de individuación, desarrollados, entre otros, en *Seguridad, Territorio y Población* (2008) y en *Tecnologías del yo* (2008). Del mismo modo el cierre del texto estará marcado por una reflexión crítica que estará sustentada principalmente en dos lecturas anexas, *Conversaciones* (1996) de Gilles Deleuze y el artículo de Nikolas Rose *Terapia y poder: Techné y Ethos* (2007).

La bibliografía dista mucho de ser específica acerca del individuo, pero como se advierte la intencionalidad de esta aproximación crítica estará centrada en situar al individuo en aquellos espacios sociohistóricos que lo tuvieron y lo tienen. Por un lado, su configuración paralela al desarrollo de la sociología y de todo el entramado moderno; por otro, cómo afectan las transformaciones actuales manifiestas de dicho entramado, el desvanecimiento institucional, a la configuración de individuos en la modernidad tardía. El trasfondo de ambos acercamientos estará marcado por la mención y descripción de los mecanismos que *hacen* posible el proceso por el cual los individuos se convierten en individuos.

Aunque bajo tales procesos de complejidad en los que se halla inmerso el sujeto-objeto que aquí se propone, creo necesario remarcar el carácter aproximativo de esta reseña. No se trata más que de dar ciertas orientaciones para el estudio del individuo, desnaturalizándolo y evidenciando, a modo de conclusión, cómo afectan a su génesis las mutaciones sufridas en el *programa institucional moderno* (Dubet).



1) INDIVIDUO Y MODERNIDAD. MECANISMOS DE INDIVIDUACIÓN QUE DOTAN DE SENTIDO A LA CONDUCTA DE LOS ACTORES SOCIALES

La sociología clásica de algún modo relegó al individuo a un plano secundario, su tarea principal fue enfocar su mirada hacia la progresiva centralización del poder que caracterizaba al proceso de gestación de los Estados modernos. Desde entonces el estudio de la organización del Estado, su administración y burocracia ha ocupado la labor de gran parte de las Ciencias Sociales. Si bien, el advenimiento de la modernidad trajo consigo la creación de los Estados-nación y de la concepción analítica de “sociedad”, como idea a extrapolar para pensar toda vida colectiva, también fraguó otra figura en el interior de la colectividad social: el individuo.

Parece incompatible la sincronía desprendida de la centralización estatal moderna y el surgimiento de un “poder individualizante” (Foucault, 2008:98) que trate de gobernar continuamente y de forma permanente a los sujetos, subjetivándolos, dotándolos de sentido. Esta aparente contradicción, no es sino el fruto de un mismo proceso, compacto, que como bien sentencia Michel Foucault, caracteriza a todo el mundo occidental contemporáneo: lidiar entre el poder político que actúa en el seno del Estado, su unidad jurídica, y un poder que denomina *pastoral*, “cuya función es la de cuidar permanentemente de todos y cada uno, ayudarles, y mejorar su vida.” (ibídem, 2008: 111). La genealogía que realiza Foucault del pastorado cristiano como un conocimiento particular entre el pastor y cada miembro de su rebaño, trata de dilucidar el proceso de individuación desprendido de dicho conocimiento. Esta forma de conocimiento es racionalizada a través del Estado, configurando una suerte de razón política que se yergue como el *arte moderno* de gobernar, de proporcionar a los individuos elementos constitutivos de su vida para que desarrollen la potencia del Estado (ibídem, 2008: 136). Por tanto, el Estado totaliza, y con él la sociedad equivale en sí misma a una forma de vida social total, pero dicho conocimiento también individúa, la población de los estados es a partir de ahora definida como un conjunto de individuos vivos. Es aquí dónde se presta necesario acercarse al concepto que con gran acierto acuñó Foucault, la noción de *biopoder*.

La población contenida en el Estado pasó a ser objeto de técnicas científicas que la objetivaban a la vez que era muestra de fenómenos específicos, ya catalogados como sociales. El análisis foucaultiano nos dirá que la población pasa a convertirse en un correlato privilegiado de los modernos mecanismos de poder y a su vez en un objeto del saber. Del “arte de gobernar” aparece la población (Foucault, 2008), es entonces cuando el ser humano pasa a ser un miembro singular de la población, a través de las ciencias humanas los seres humanos se convierten en sujetos de sus acciones, en individuos racionales. Se tejen toda una serie de mecanismos que toman el cuerpo humano como blanco susceptible de estrategias políticas y de poder. Esta reflexión que realiza el autor, distingue todo un proceso de técnicas y estrategias yuxtapuestas que dan luz a un devenir que abre la brecha divisoria que da paso a la constitución de la sociedad moderna. Por primera vez, lo humano se hace visible, el cuerpo, lo biológico queda dispuesto al análisis científico social. Ese *biopoder*, contiene una amalgama de mecanismos que integran un sistema de correlación entre mecanismos jurídico-legales, disciplinarios y de seguridad. Todo ello será





llevado a cabo por toda una pléyade de instituciones que mediante el ejercicio de la socialización lograrán subjetivar, constituir, al individuo moderno.

El concepto, o más bien proceso, definido por François Dubet, el *programa institucional moderno*, puede servir de coordenada situacional e ideal para establecer el nexo de unión entre las estrategias de poder analizadas por Foucault y los correlatos prácticos de subjetivación institucional. Dubet entiende por *programa institucional* todo “un proceso social que transforma valores y principios en acción y en subjetividad por el sesgo de un trabajo profesional específico y organizado (Dubet, 2006: 32). El programa institucional es pues como una cadena que genera la socialización de valores universales, un trabajo vocacional desarrollado sobre otros individuos por individuos mediadores entre dichos valores universales y los particulares. Todo un discurso de socialización es desplegado en el interior de la institución siendo ésta un elemento autónomo dentro del propio programa en el que se enmarca, teniendo como función no sólo designar todas las actividades que se dan en la vida social sino que también son marcos cognitivos y morales que desarrollan los pensamientos individuales (ibídem, 2006:30).

Al contrario de lo que una mirada excesivamente fundada en la noción de institución como disciplina panóptica, como totalidad aniquiladora de cualquier individualidad, el programa institucional define un trabajo de fusión entre subjetivación y socialización por la vertiente de las disciplinas mismas aplicadas a los sujetos.

En relación a lo expuesto anteriormente, se puede decir con Martuccelli, que el individuo no cree tenerse del interior más que porque él mismo es tenido desde el exterior (Martuccelli, 2007: 65). Se puede hablar de la existencia de una estrategia impositiva por la cual los individuos son obligados a convertirse en individuos, a ser representaciones homogéneas y unitarias, independientes y a su vez vinculados a la sociedad a través de distintos soportes. Todo un ejercicio de violencia simbólica que caracteriza una mirada unidimensional por parte de la sociología, mediante la que trata de “imponer, con total impunidad interpretativa, un *sentido* a la conducta de los demás” (ibídem, 2007: 17). Será este mismo autor quien rastree las diferentes dimensiones mediante las cuáles la sociología ha tratado de entrever analíticamente al individuo.

Danilo Martuccelli enfrenta el análisis sociológico a su propio devenir epistemológico entorno a la figura del individuo. Para ello ahonda en el esquema de las cinco dimensiones analíticas mediante las que la sociología, entre otras disciplinas de las ciencias sociales, ha investigado al individuo. Estas son: a) Soporte; b) Rol; c) Respeto; d) Identidad y e) Subjetividad.

a) Tomando la primera dimensión, la del individuo como el conjunto de sus *soportes*, se puede decir, siguiendo al autor, que estos vienen a definir la misma posibilidad del individuo. Definición que construye una figura ideal del individuo occidental, marcado por su autonomía, independencia, expresividad, capaz de racionalizar sus acciones, se le supone “dueño y señor de sí mismo” (ibídem). El cuerpo se convierte en el factor mayor de individuación, el individuo es único e indivisible, imperativamente soberano que responde a un proyecto occidental garante de la gesta-



ción de un sujeto libre que puede situarse a distancia del mundo. Pero como se ha insistido en líneas anteriores, el individuo es porque sus propios soportes lo definen. Se pueden distinguir distintos tipos ideales de soportes. Los *soportes invisibles* que rodean a los individuos y los vinculan a la sociedad sin que tengan que hacerlo ellos mismos. Los *soportes estigmatizantes* por los que los individuos pueden ser descalificados, solapados por los Estados, definidos mediante intervenciones que redacten el proyecto que les otorgue el reconocimiento como sujetos de derecho o cubiertos por ambigüedades desprendidas de la sobrevisibilidad de la dependencia física de los demás. *Soportes patológicos* que presionen al individuo a situaciones de fragilidad en las que su soberanía acabe saturada. *Soportes confesables* como los lugares de protección y expresión de sí que se dan en las parejas.

b) La noción de *rol* tal vez sea la más usada en ciencias sociales en lo que respecta al individuo. El rol señala la previsibilidad de la conducta de los actores sociales de acuerdo a la posición social que estos ocupan, el rol establece un vínculo entre estructura social y actor. Aunque esta noción está teñida de disparidades ya que no existe un único tipo ideal de rol, si bien, cuánto más se interpreta un rol, más se tiende a realizarlo de manera particular. Algunos tipos de roles son: los *roles protagónicos* que vendrían a representar la metáfora de un mundo social organizado y sólido, es en función de las situaciones y los diferenciales de socialización que los actores van a llevar a cabo sus acciones. Los *roles de creación prescrita*, se caracterizan por una implicación subjetiva cada vez más débil, dispuestos a una hibridación ante las transformaciones estructurales. Los *roles impedidos*, que definen otro tipo ideal particular en el cual los individuos que se ven impedidos en la práctica y desarrollo de su rol, no dudan en aquello que se les atribuye capaces de hacer. El *rol de emergencia*, marcado por la ruptura manifiesta ante la desestabilización de un soporte que ayudaba a *tenerse* a los individuos. El rol como pantalla, como protección del yo, llega a la sensación particular de ser capaces de poner a salvo nuestra propia intimidad.

c) Otra de las cinco dimensiones que dan testimonio del individuo moderno es la del *respeto*, según Martuccelli, el proceso de individuación marca la posibilidad de que cada sujeto tenga el derecho de hacer de sus intereses y de su propia vida el centro y el fin de su actividad (ibídem, 2007:2003). Aunque dicha posibilidad puede verse truncada ante las representaciones esencialistas a las que son asignados o se autoasignan, en numerosas ocasiones, los individuos. Su demanda de respeto, de individualidad también puede verse burlada en nombre de la diferencia y contra el igualitarismo característico de las sociedades democráticas.

d) En el caso de la *identidad* se puede hablar de dos procesos, el primero que remite a aquello que garantiza la permanencia en el tiempo de un individuo a pesar de los cambios vividos, el segundo hace referencia a los perfiles sociales y culturales de los individuos en la modernidad. Identidad e individuo atienden a la unidad, la identidad se presenta como “un relato que permite articular lo que aparece como dividido” (ibídem, 2007: 308). La identidad se presta a una construcción o sensación mediada por la actividad de los diferentes registros que envuelven a los sujetos. La construcción identitaria se realiza progresivamente mediante la incorporación de dis-





cursos que doten de coherencia y unidad representativa a los individuos, esos “tópicos narrativos de sí” pueden llevar a equívocos desde la mirada sociológica. Un excesivo análisis de las estructuras narrativas puede acabar con la imposición de marcos interpretativos predeterminados de la identidad sobre un personaje social.

e) Una última dimensión la constituye la *subjetividad*, marcada por el ideal de construir un dominio de sí sustraído de lo social. Como afirma el autor, la subjetividad es el espacio de la representación de sí, el lugar donde el individuo toma conciencia de la existencia de representaciones, incluidas las de él mismo. La subjetividad se enfrenta a un cosmos de representaciones exógenas al individuo, funciona como un proyecto que aspira a una expresión de sí a distancia del mundo social. A diferencia de la identidad, la subjetividad no es exacta, mientras la primera se sitúa en toda determinación reivindicada por un actor y fuera del mismo, en el horizonte de identificaciones, la subjetividad se traduce como constituyente de las diferentes variantes del rol asumido por los individuos.

El esquema orientativo trazado por Martuccelli permite un acercamiento a aquellas dimensiones enlazadas con la noción de individuo y la sociología, en el siguiente apartado dicho enlace se verá enfrentado al denominado “declive institucional”. Situando al individuo y a la propia sociología en tal contexto de crisis, trataré de concluir con ciertas reflexiones en torno al proceso de individuación en la modernidad tardía.

2) REFLEXIONES ORIENTATIVAS SOBRE EL INDIVIDUO EN UNA SOCIEDAD EN “CRISIS”

La modernidad fue concebida como el advenimiento de un mundo objetivo, ordenado y aséptico; dentro de ese proceso se fraguaba simultáneamente la constitución de un sujeto autónomo, libre, “dueño de sí mismo”. El individuo es instituido como un actor social mediante la combinación efectiva de la socialización institucional y la creación de un sujeto en torno a valores universales, doble efectividad de la integración individual y la integración sistémica de la sociedad (Dubet, 2006: 421). Dicha concepción se verá truncada cuando los espacios, las referencias culturales y sociales bajo las que se había gestado se vengán abajo. El Estado-nación, el modo de producción fordista, el trabajo, la ciudadanía, por poner algunos ejemplos, pierden vigencia, efectividad y devienen gráciles.

Todo este modelo de organización social de la vida colectiva y subjetiva se ve infartado cuando los dos principales moldes institucionales que lo dotaban de sentido comienzan a desestabilizarse. Estas dos *paninstituciones* (Lewkowicz) son el Estado-nación y el individuo-ciudadano. Los cambios en el sistema socioeconómico acaecidos en las últimas décadas han transformado el papel protagonista que jugaban históricamente los Estados modernos como agentes socializadores. El Estado, y con él su entramado institucional se vuelven frágiles, constituyendo a su vez individuos cada vez más desvinculados del lazo social que les unía al Estado, y cuyo soporte subjetivo, la ciudadanía, parece desvanecerse. El pensamiento estatonacional y su ideal político republicano comienzan a declinar, los valores universales y nacionales se vierten como representaciones agotadas. Ante un Estado y un ciudadano





desdibujados, el auge del individuo cada vez más independiente y centrado en sí mismo parece inevitable. Llegados a este punto, cabe hacer cierta matización, supeditar dichas mutaciones estructurales tan sólo a los cambios socioeconómicos sería un ejercicio fútil. El análisis del progresivo ascenso del individuo marcado por la fisión de la socialización y la subjetivación como procesos lineales, no debe encontrar sus causas en las transformaciones del sistema capitalista, al menos no únicamente en su crisis. El corte entre el individuo y el sistema social, entre la subjetividad y la objetividad, es objeto de la sociología desde su nacimiento, el estudio de esas contradicciones, la tragedia de la cultura, la anomia, la alienación, el desencantamiento del mundo han permanecido en la memoria sociológica desde su estado más primigenio. “La decadencia de las instituciones forma parte de la modernidad en sí” (Dubet, 2006: 420).

Por tanto, el devenir del programa institucional no fue siempre tan efectivo como lo esperado, la configuración del individuo como actor social desprendido del trabajo institucional llevado a cabo por profesionales sobre otros individuos, se enfrentó a resistencias, que a menudo impidieron una modelación sólida. Y es este presupuesto de una recia integración de los principios que rigen la acción, la vocación de fusionar subjetivación y socialización, el que comienza a volverse más complejo a medida que los discursos modernos comienzan a desajustarse. El trabajo de las instituciones y de los profesionales que las *habitan* sufren cambios irreversibles, estos cambios se manifiestan de manera más incipiente en las últimas décadas del siglo XX, el paisaje social que comienza a desplegarse se caracteriza por el imperativo de la adecuación por parte de los sujetos a un mundo cada vez más diligente y en constante cambio. Ante la desinstitucionalización “lo que ayer era tomado a cargo colectivamente por las instituciones es cada vez más transmitido al individuo mismo, quien desde entonces debe asumir, bajo forma de trayectoria personal, su propio destino” (Martuccelli, 2007: 292).

La vida social se manifiesta en una pluralidad de lenguajes cada vez más diferenciados, la conformación de comunidades de intereses definidos, provistas de identidades colectivas fuertes y perennes, se vuelven procesos débiles e inestables. La descentración y la pérdida de sentido serán las nuevas normas sobre las que los individuos deberán gestionar su identidad. La pérdida de referentes culturales sólidos fomenta una pérdida de unidad entre el actor social y su acción. Esta disociación de las “lógicas de acción” (Dubet, 2006: 416) muta el proceso de socialización, los individuos aparentemente guiados por una pluralidad de principios, parecen acrecentar su autonomía. Los muros de los *santuarios* que venían a representar las instituciones cuyo carácter constitutivo era el encierro se desmoronan, la sociedad disciplinaria de la que nos alertaba Foucault pasa a ser “nuestro pasado inmediato, lo que estamos dejando de ser” (Deleuze, 1996: 247). El proceso de socialización-subjetivación, caracterizado por su diacronía que definía la vida de los sujetos y convertía a las instituciones del encierro en lugares de obligado paso (de la familia a la escuela, de la escuela a la fábrica, o bien al ejército o bien la cárcel...) ya no funciona. Conviene definir grosso modo, con Gilles Deleuze, los cambios y nuevos mecanismos que surgen ante el declive institucional que no es otro que el de la sociedad disciplinaria.





Como se ha descrito en líneas anteriores, la disciplina era el dispositivo de dominación mediante el cual las instituciones transmitían valores universales y a su vez modelaban a los actores sociales. Fue Foucault, quién identificó la noción de biopoder para referirse al proceso de individuación intrínseco al programa moderno. Este acierto analítico desarrollado en los últimos estudios del autor, muta cuando las instituciones y sus disciplinas comienzan a desafinarse. Las nuevas fuerzas que comienzan a instalarse ante la agonía de las sociedades disciplinarias, siguiendo a Deleuze, son las *sociedades de control*. Al contrario que los *moldes* institucionales encarnados en los encierros, “los controles constituyen una *modulación*, como una suerte de moldeado autodeformante que cambia constantemente y a cada instante, como un tamiz cuya malla varía en cada punto” (ibídem, 1996: 249). Si el referente cultural predominante en la modernidad, la industria, tenía como molde la fábrica, en la modernidad tardía definida por el control, la empresa sustituye a la fábrica. Este ejemplo ilustra, cómo mientras en el espacio fabril se individuaba a los sujetos para someterlos mediante su disciplinamiento, en la empresa gobierna la competencia continua entre los individuos. Esta situación de continua rivalidad, motivación y mérito individual, propias de la sociedades posfordistas generan un contexto situacional de *deformación universal*. El corto plazo, la rapidez pero también la constante adecuación a las transformaciones y deformaciones sociales, se presentan como las principales señas de identidad de esta modernidad tardía, ya posmoderna. Señas que marcan las directrices de cómo se ejerce una nueva forma de dominación, el control. Pero también señalan la transformación de las conductas de los sujetos y en concreto la manera de cómo se conducen estas, aquello que el mismo Foucault se esforzó por concretar y que denominó *gubernamentalidad* (Foucault, 2008: 347). Esta mutación en la relación de micropoderes enfocada a la dirección conductual, deviene marcada por la obligación de los individuos de convertirse en “sujetos responsables” que deben “realizarse a sí mismos/as”. Anteriormente se ha hecho referencia soslayadamente a las resistencias y fugas del programa institucional moderno, se presta necesario matizar a modo de refuerzo dichas fallas en el proceso lineal de socialización-subjetivación moderno. Es Nikolas Rose quién reflexiona de forma eficaz acerca del poder como acción que guía las acciones de otros y como las relaciones de poder dejan parte libre para actuar (fallas). Rose dice bien cuando afirma que “el poder actúa más fuertemente, más efectivamente, cuando lo hace modelando las vías a través de las cuales los individuos ejercitan su libertad” (Rose, 2007: 75). La libertad de elección, de expresión de sí, de transformarse a sí mismo, de ser, en definitiva, individuo, se convierte en una obligación que trata de conferir sentido a la conducta y a la vida de los actores sociales. La normalidad esa ahora más que nunca, el deber de “encontrar a la persona que somos en nuestro propio interior, debemos liberar nuestro potencial, debemos llegar a ser lo que de verdad somos” (ibídem, 2007: 117)

Se puede decir que es el éxito de la biopolítica institucional, en concreto la paradoja desprendida del individuo soberano, por un lado su sujeción al todo social y por otro la impositiva libertad de tenerse a sí mismo, la que va a sellar el declive del programa institucional moderno. La socialización se transforma en una “construcción



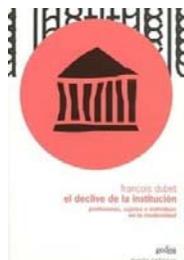
paulatina de experiencias sociales que los individuos están forzados a dominar” (Dubet, 2006: 416).

La multiplicidad de discursos y referencias culturales complica el regreso a horizontes tradicionales de sentido, a lo sumo, esta sería una estrategia junto a otras. El proceso de construcción de la identidad se muestra arbitrario impidiendo el supuesto de la existencia de una afinidad electiva previa en su constitución por parte de los individuos, éstos por el contrario se muestran *habildosos* ante el despliegue de espacios de acción identitaria. Habilidad que les hace cambiantes, capaces de fracturar su propia unidad narrativa e incluso buscar coherencia y sentido en esa misma quiebra de identidades.

Como se ha visto, en el contexto sociohistórico actual la conformación de los individuos dista mucho de la imagen funcional del sistema social moderno, ya que es ostensible una progresiva agudización de la crisis de su programa institucional y con él los discursos de los que se servía en el proceso de socialización y subjetivación. Empieza a desplegarse todo un mundo social desajustado, más pasajero, un giro histórico del que se desprende un sujeto cada vez más animado por un ideal de sí mismo. Individuos cada vez más alejados de la sujeción férrea de la subjetivación mediante la socialización, se apropian del discurso institucional, lo cual no impide la formación de sociedades individualistas pero a su vez “sociales”, una suerte de vida social holista, en la que los intereses y el conjunto de normas compartidas sigue siendo aún palpable. Pero esta contradicción, “sociedades individualistas”, está abocada a un reconocimiento personal y a la vez un reconocimiento de esa individualidad por parte de los otros. No obstante, en el contexto actual y bajo un repliegue de la hegemonía disciplinaria en favor de formas de dominación basadas en el control, sigue pareciendo imperiosa la necesidad de la existencia de instituciones perdurables que garanticen el reconocimiento necesario contra la desvalorización de sí mismos, los individuos parecen necesitar, aún, ser reconocidos en sus proyectos de vida a través de reglas compartidas. Aunque esos proyectos de vida son múltiples y los intereses compartidos tienden a ser volátiles, de ahí la paradoja, los individuos viven experiencias ondulatorias y continuas que ya no pueden ser sujetadas por las instituciones modernas. A pesar de ello, sociólogos como Dubet proponen la construcción de nuevas formas organizativas que trabajen en la reducción de las escalas de los órdenes sociales que nos dispongamos, órdenes más limitados y autónomos, bajo los cuales se reduzca la distancia entre el individualismo y el magmático programa institucional. Aún así, será necesario asimilar que los sujetos estarán abocados, ahora y siempre, a “sentir la fragilidad de su yo y la inestabilidad de sus identificaciones” (Martuccelli, 2007: 42).

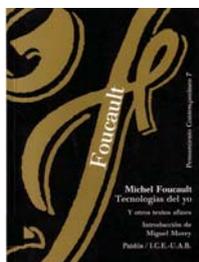


REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS



Dubet, F., 2006, *El declive de la institución*, Gedisa, Barcelona.

Foucault, M. (2008), *Seguridad, territorio y población*, Akal, Madrid.



Foucault, M. (2008), *Tecnologías del yo*, Paidós, Barcelona.

Martuccelli D. (2007), *Gramáticas del individuo*, Editorial Losada, Buenos Aires.



OTRAS REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS EMPLEADAS

Deleuze, G., 1996, *Conversaciones*, Pre-Textos, Valencia.

Rose, N., 2007, *Terapia y poder: Techné y Ethos*, *Revista Archipiélago*, 76.

Lewkowicz I., 2004, *Pensar sin estado: la subjetividad en la era de la fluidez*, Paidós, Buenos Aires.



Protocolo para citar este texto: García Bartolomé, Mikel, 2009, "Reseña crítica (Varias Obras): *El devenir del individuo a través de la mirada sociológica*", en *Papeles del CEIC* (Revisión Crítica), vol. 2009/2, nº 7, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://www.ehu.es/CEIC/pdf/critica7.pdf>

